

á las autoridades militares austriacas de Zacapoaxtla, manifestándoles que no teniendo recursos para mantenerlos, ni medicinas para curarlos, se los remitían sin condición alguna.

En tal virtud, los combates parciales se sucedían diariamente, y el enemigo, despechado por no encontrar reunidos á los esforzados xochiapulquenses, *para acabarlos*, según decía, *de un solo golpe*, resolvió ocupar definitivamente, con fuerzas suficientes, el punto que les servía de núcleo, Xochiapulco, y ya en posesión de éste, organizar la persecución y el exterminio de un enemigo indomable y que hasta entonces había sabido burlar las muchas combinaciones fraguadas en su contra.

Resuelto el reconocimiento, el día 4 de Agosto de 1865, fecha memorable, cuatro columnas de tropas austro-traidoras, entre las que se contaban numerosos hijos de Zacapoaxtla, capitaneados por el antiguo corifeo de la reacción, Roldán, y sus satélites, los hermanos Arriaga, Francisco, Miguel y Mariano, se lanzaron decididamente sobre Xochiapulco, en cuya plaza se hallaban casualmente reunidos los jefes Lucas, Bonilla, Díaz Antonio, Dinorín, Zaragoza é Ireneo Reyes, y otros varios de menor graduación.

No habiendo podido reunir más que un número reducido de soldados, que no llegaría á 200, por lo imprevisto de la agresión, y con la conciencia de ser imposible rechazar un ataque con tan exiguos elementos, y con la casi total carencia de municiones, se adoptó una resolución heroica: no pudiendo defender sus hogares, los patriotas moradores de aquel pueblo esclarecido, antes que verlos profanados por la inmundicia del invasor, ¡decidieron incendiarlos!

El General Lucas dió el ejemplo, poniendo fuego á su humilde casa, único patrimonio de su numerosa familia: sus subordinados imitaron esa tan levantada acción; y cuando el enemigo, que estaba posesionado del Cerro de Xochitonal, á tiro de rifle, y haciendo algunos disparos de artillería, vió las llamas que en espirales majestuosas se elevaban por los aires, envolviendo entre sus lenguas de lumbre el recinto de la población, su asombro y estupor no conocieron límites ante aquel rasgo sublime de patriotismo, único de su clase en nuestros fastos nacionales.

Sagunto y Numancia, en la antigüedad, nada pueden ofrecer superior al abnegado comportamiento de los esforzados hijos de la invicta

Xochiapulco; y por lo que hace al incendio de Moscou, verificado en nuestros tiempos, sabido es que ese acto de terrible civismo y de implacable odio al déspota francés, no emanó de los habitantes de la espléndida capital del Imperio moscovita, sino de la iniciativa y ordenamiento del Gobernador Rostopchin, "ruso lleno de pasiones salvajes escondidas bajo costumbres cultas, y lleno, sobre todo, de un sentimiento estimable, sea cualquiera la forma en que se manifieste, el del patriotismo."¹

El enemigo, aunque dominado por la emoción, ocupó un suelo lleno de cenizas, donde horas antes se asentaba una población simpática y floreciente: con un lujo de ferocidad y barbarie que aterra, consumó la obra de destrucción demoliendo hasta sus cimientos el edificio municipal, los locales de los Establecimientos de Instrucción Primaria, é incendiando las pocas casas que aún quedaban en pie: taló los campos, extrayendo de ellos todo el maíz que existía abundantemente, y que condujo para su campamento, llevándose de paso cuanto encontró manuable.

Los jefes republicanos que habían visto con serenidad el incendio y la demolición, asistiendo impasibles al sacrificio de un pueblo que les era tan querido, no vieron de la misma manera la destrucción de las sementeras, único elemento que quedaba para alimentar á las desgraciadas é inermes familias, y á los soldados que de manera tan ejemplar se batían en defensa de la libertad y de la Independencia de la patria; haciendo un esfuerzo sobrehumano con un puñado de hombres decididos y excitados por la ira, se lanzaron sobre los invasores, y los batieron con tanto brío y pujanza tal, que éstos abandonaron en tropel el lugar momentáneamente conquistado, y huyeron á esconder su derrota tras de las fortificaciones de Zacapoaxtla, punto donde existía establecido el Cuartel General traidor del rumbo.

El incendio de Xochiapulco llamó la atención en toda la República: algunos años después de verificado, y ya triunfante ésta de la Intervención y del Gobierno del llamado Imperio, el ilustre Diputado Don Manuel M. de Zamacona, decía en la Tribuna Nacional, en la sesión del 14 de Septiembre de 1871, lo siguiente, que para nuestro intento creemos oportuno el reproducir:

¹ Thiers.—Historia del Consulado y del Imperio.—Tomo 10.—Página 279.

“.....Hay una comarca, dijo, en la República, que forma el orgullo de mi Estado. Es una serranía donde se han estrellado siempre el despotismo y la invasión extranjera. La Sierra de Puebla ha sido siempre nuestras montañas de Asturias para la Independencia, nuestro monte Aventino para la libertad. Sus hijos, hombres de temple antiguo y famosos por su carácter republicano y guerrero, han derramado su sangre en todas las jornadas gloriosas para la República.”

Y Riva Palacio, el acendrado patriota, el historiador distinguido, el literato, el poeta, ha dicho en uno de sus preciosos escritos.

“La libertad es como el sol; sus primeros rayos son para las montañas, sus últimos resplandores son también para ellas. Ningún grito de Libertad se ha dado en las llanuras, como en ningún paisaje se ha iluminado primero el valle. Los últimos defensores de un pueblo libre han buscado siempre su asilo en las montañas.

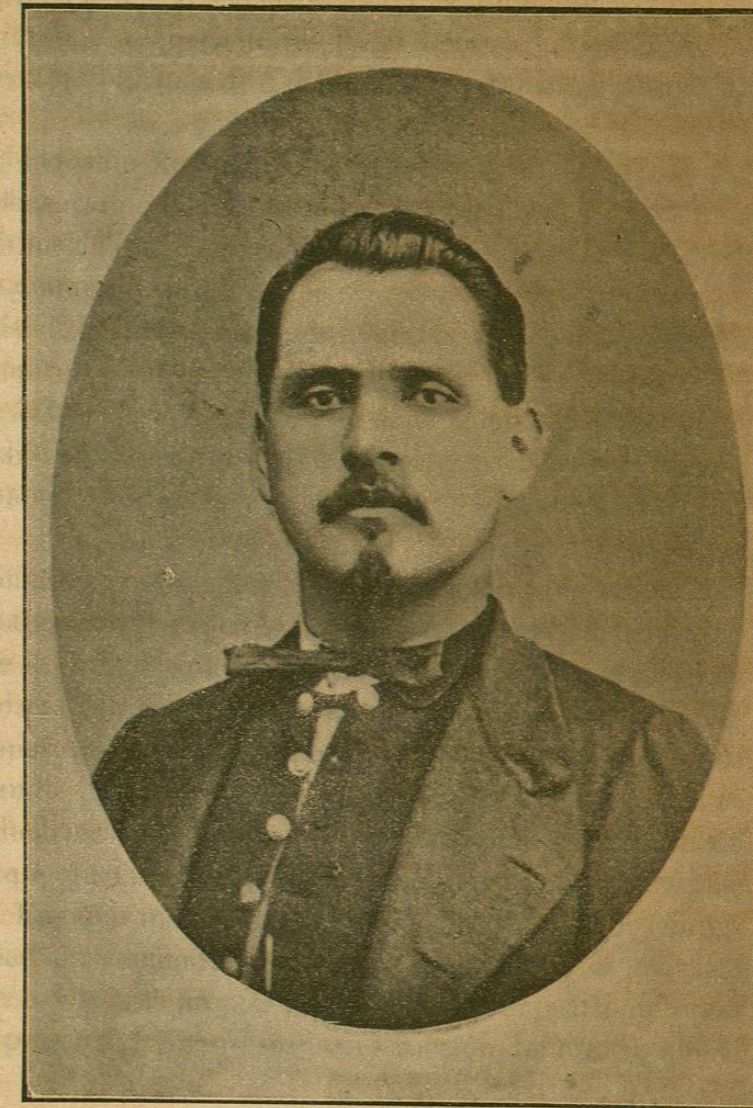
“Los últimos rayos del sol brillan sobre los montes, cuando el valle comienza á hundirse en la obscuridad. Por no desmentir este axioma, la Convención francesa en 93 tuvo su llanura y su montaña.”¹

¡Conceptos muy merecidos, y que nosotros como republicanos y liberales nos complacemos en insertar!

El 23 del mismo mes de Agosto, una columna compuesta de traidores de Aquixtla é Istacamaxtitlán, al mando de José M. Bonilla, penetró hasta la Hacienda de Taxcantla, cuya finca ocupó sin resistencia, y en la que estableció algunas pasajeras obras de defensa, que no obstante, juzgó inexpugnables.

Los Jefes Lucas y Bonilla, que estaban á la expectativa, dieron sus órdenes para atacar al enemigo y ver si era posible sitiario, á fin de tomar prisionera á toda su fuerza. La tarde de ese día se dió un rudo combate, en el que salió gravemente herido Bonilla, el cabecilla traidor; y en seguida, Lucas mandó á sus soldados incendiar la Hacienda; pero por fortuna del enemigo, en esos momentos empezó á caer una lluvia copiosa, y esto hizo que el fuego se apagara y que humedecido el parque no pudiera emprenderse desde luego una operación decisiva; sin embargo, intimidados los traidores por la actitud resuelta de los republicanos, aprovechándose de los aguaceros y de la obs-

¹ Riva Palacio.—Calvario y Tabor.—Novela de costumbres, página 59.



GENERAL JUAN CRISOSTOMO BONILLA.

curidad de la noche, abandonaron la finca, emprendiendo una vergonzosa y precipitada fuga.¹

Así terminó Agosto; y el segundo jefe de la brigada de Xochiapulco, Ciudadano Juan C. Bonilla, tan modesto como valiente, y de cuya historia militar y política nos ocuparemos oportunamente, al dar gracias á sus soldados por la excelente conducta que observaban, se expresó de la siguiente manera digna de los tiempos antiguos:

“A las fuerzas republicanas de Xochiapulco, al terminar el mes de Agosto de 1865.

¡Valientes soldados de Xochiapulco!

¡Heroicos defensores de la Independencia!

¡Denodados hijos de estas montañas!

¡Compañeros y amigos míos!

“El día 17 visteis desfilar á las huestes imperiales, que con su inmundada planta osaron pisar el país de la libertad.

“Regresaban á Zacapoaxtla después de dejar talados vuestros campos y acabado de incendiar vuestros hogares; pero llevaban la vergüenza de no haber podido vencer á unos cuantos centenares de republicanos.

“Soñado habían los degradados hijos del Imperio, que vosotros, ó por medio de halagos, ó por medio de amenazas, os haríais partícipes del baldón y de la infamia que cubre sus frentes como traidores á la patria; pero miserablemente se engañaron, porque vosotros despreciasteis los pomposos ofrecimientos que por deponer las armas se os hicieron, y cuando llegó el momento de ejecutar las amenazas, se os ha encontrado firmes en vuestras convicciones como una estatua de la justicia, porque justa y santa es la causa por la cual derramáis vuestra sangre. Engañáronse también, cuando creyendo que empuñabais las armas por defender mezquinos intereses, se os ha visto prender fuego con vuestras propias manos á la mayor parte de vuestros hogares, y presenciar tranquilos la destrucción de vuestro querido pueblo.

¹ No obstante eso, y como premio á su derrota, Maximiliano, que tan aficionado era al fausto y á la bambolla, premió la *carrera* de Bonilla y la de sus *valientes* subordinados condecorando al primero con la Cruz de Caballero de la Imperial Orden de Guadalupe, y dando á los demás otras de menor graduación.—Diario del Imperio.—Colección de Julio á Diciembre de 1865.

“Al viajero que acertase á pasar por estos campos, dirían sus humeantes ruinas: *Aquí fué un pueblo que habitaron los héroes*, porque heroico es defender una noble causa, aunque para ello sea preciso hacer los más grandes sacrificios, como lo es, sin duda, ver errantes en los bosques á vuestras mujeres y á vuestros pequeños hijos, presas del hambre, víctimas de la intemperie.

“Zacapoxtla, Huahuaxtla, Zautla, Tetela, Taxcantla y otros lugares, han sido testigos de vuestra bizarría, y en más de una vez habéis probado al enemigo, que hacéis una guerra civilizada dando libertad á sus heridos y prisioneros sin condición de ninguna clase.

“El 13 de Abril y el 4 y 12 de Agosto ha lamentado Xochiapulco la presencia de las legiones imperiales; pero probádoles habéis también que no impunemente se pisa el país de los libres.

“Compañeros: cuando yo presenciaba vuestro arrojo entre las balas enemigas desafiando la muerte; cuando por todo alimento tomabais un poco de maíz tostado, ó hierbas del campo, ó carne sin sal; cuando sin abrigo de ninguna clase, sobre vuestros cuerpos caía la lluvia á torrentes, yo os admiraba, y en vuestras frentes veía brillar el patriotismo de los antiguos espartanos. En tan solemnes momentos mi corazón latía de orgullo, porque era vuestro compañero, y en lo íntimo de él raciocinaba de esta manera: “*La patria* no tiene ya que exigir de tan valientes hijos. Conquistádose han el respeto y la admiración de la posteridad, y *el nombre* de Xochiapulco, sacrificado en un mar de *lágrimas* y de *sangre*, será imperecedero, porque diligente *la historia* lo recogerá para colocarlo en un lugar *brillante y distinguido* en sus páginas *de oro*.”

“Amigos míos: cualquiera que sea el destino que el dedo de Dios haya reservado á la causa de la República, vosotros habéis cumplido con vuestro deber; en vuestras frentes lleváis el doble laurel de la victoria y del heroísmo.

“Seguid, pues, haciendos dignos del lugar á que habéis llegado. Recordad que sois de los vencedores del memorable 5 de Mayo. Tened fe y constancia, y nuestra causa triunfará, no lo dudéis. Un esfuerzo más, que no está lejano el día en que con la frente erguida os retiréis á trabajar y á gozar tranquilos de los placeres que la vida privada proporciona.

“Entretanto, seguirá siendo testigo de vuestro valor, partícipe de

vuestras glorias y compañero de vuestros infortunios, vuestro mejor amigo que cordialmente os saluda.—*Juan Crisóstomo Bonilla*.”

En celebración del nacimiento del ilustre insurgente Don José María Morelos y Pavón, verificado en la ciudad de Valladolid (hoy Morelia), el 30 de Septiembre de 1765, decretó Maximiliano la erección en la Capital de un monumento en la plazuela de Guardiola, que en lo sucesivo se denominaría de “Morelos.”

Cumplíndose lo mandado, tuvo verificativo el acto el día 30 del referido mes, pronunciando un discurso alusivo el Regidor del Ayuntamiento Don Miguel Hidalgo y Terán, que fué contestado por otro de Maximiliano en que habló con encomio del Cura de Carácuaro y de sus grandes é inapreciables merecimientos.

Tales elogios, muy merecidos para el distinguido patricio que figura en primer término en la gloriosa epopeya de nuestra Independencia, sentaban mal en boca de quien venía á destruirla, sirviendo de instrumento á las maquinaciones péfidas del déspota francés.

Esas demostraciones elocuentes, que tanto halagan el amor propio nacional, sientan bien en los mexicanos, únicos que tienen derecho á encomiar las proezas de los héroes de nuestra inmortal guerra de insurrección; pero en el Archiduque que mandaba y dejaba matar á quienes se sacrificaban por la libertad y la honra de México, eran á la vez que la profanación de un sacratísimo sentimiento, el más horrible sarcasmo, pues que ira é indignación producía el ver que llevaba su descaro hasta el grado de aplaudir en uno de los caudillos principales de nuestra primera guerra de Independencia, lo que condenaba en los que la defendían esta segunda vez.

También Morelos fué estigmatizado y perseguido por el alto clero enemigo irreconciliable de las buenas causas: también pagó en un patíbulo su entereza y decisión por la autonomía de la patria: también fué declarado bandido, lo mismo que quienes en la época que estamos describiendo seguían su sublime ejemplo; pero esas contradicciones monstruosas que tanto llaman la atención, servirán sólo para dar en la historia el lugar que corresponde al Príncipe ambicioso y desatentado, que loco de orgullo soñó la dominación de un pueblo liberal y demócrata, enemigo acérrimo de las monarquías.

